

sin embargo, a hacer de ella en su totalidad una obra importante, lo que es de lamentar, pues el señor José Antonio Ramos demuestra estar dotado en forma espléndida. Sin duda el autor no tuvo el cuidado necesario, la solicitud imprescindible, y a pesar que la construcción de esta novela, le ha costado al señor Ramos cuatro años de labor da la impresión que no ha sido bien madurada. En cuanto al estilo, en general, es simplemente periodístico, pero a veces alcanza densidad, precisión, sugerencia.—A. T.

CUENTO

LOS APARECIDOS, por *Luis Roberto Boza*.

El nombre de este autor, que había guardado silencio después de publicar hace años algunas novelas y cuentos en el vecino puerto de Valparaíso, con su reciente libro (1) nos evoca por fuerza una interesante etapa literaria porteña, que ya se ha olvidado, pero que no podría olvidarse deliberadamente cuando se escriba una verdadera Historia de la literatura chilena de los tiempos modernos.

Puesto que ya en *Atenea* (núms. 91 y 92, por Manuel Rojas) se ha escrito sobre este conjunto de cuentos, ahora vamos a tomar el nombre de Boza como pretexto para recordar aquella época, de la que fuimos espectadores y actores. Conocí a este escritor en la imprenta del Crucero de Bellavista con Pirámide, donde,

(1) *Los Aparecidos*. Colección de Autores Chilenos. Empresa «Letras», 1932.

se imprimía en Enero de 1920, la revista *Siembra*, que Boza dirigía. Había entonces una regular efervescencia intelectual en el puerto, uno de los tantos momentos esporádicos que allí se advierten. La revista citada la hacía Boza, con la colaboración de dos o tres escritores jóvenes y de María Antonieta Lequesne, notable poetisa desaparecida en la flor de la edad, que actuaba como secretaria de redacción. Un nutrido número de escritores jóvenes había comenzado a ambientarse en torno de las páginas de *Siembra*: Brandi Vera, Chávez, Walton, Barreto, Victoriano Lillo, M. A. Lequesne, Rojas Gallardo, Dardaillon, C. Barella, Juan Egaña, Gregorio Guerra, María Lefebre, y artistas como Georges Sauré, Camilo Mori, Romeo Ponce, P. Celedón, yendo a la cabeza de los escritores por sus años y experiencias líricas Zoilo Escobar. El momento no dejaba de ser interesante, aunque su importancia no llegara a producir ondas concéntricas tan amplias que abarcaran hasta Santiago, por no sé qué iempecinado centralismo intelectual que siempre diferenció las manifestaciones estéticas de ambas ciudades.

Yo advine al grupo de *Siembra* y a la revista en circunstancias que se compaginaba el primer número, dedicado como número especial al fallecimiento, dos años anterior, de un formidable poeta chileno, Alberto Moreno Méndez, cuyo valor no sé por qué—visiblemente, nada más que por ignorancia y asensibilidad—no han tenido en cuenta los críticos de nuestro país. Moreno fué un hombre sencillamente raro. Admirador

apasionado de Carlos Baudelaire y del sanatismo y simbolismo del poeta francés, no sólo en la obra lírica sino también en la vida del autor de *De las Zonas Vírgenes* se advierte la influencia baudeleriana. Moreno trató de vivir una bohemia muy siglo pasado, muy de París, en medio de un puerto comercial como Valparaíso... Y cuando el roce prosaico de aquella vida, llena de ingleses, de agiotistas o de viajeros fugaces, convenció al poeta de lo imposible de su sueño, se escondió en sí mismo, se hermetizó para salvar su sensibilidad. Llegó, en este sentido, hasta el extremo de negar la bohemia y la poesía, haciéndose sumamente recelosa a la promiscuidad intelectual. Pero la poesía y la bohemia las llevaba muy adentro, y con un número simplificado de camaradas vivió días despreocupados de vagancia, de vicio, a través de los oscuros figones del Puerto, que eran entonces como verdaderos aguafuertes goyescos, con personajes tan caprichosamente grotescos como los «caprichos» del español. Y así pasó Moreno el resto de su vida, bebiendo, filosofando, empapándose de la más descarnada realidad, como para matar el sueño imposible. Con ello, ese poeta dejó implantada en el puerto una verdadera tradición de bohemia, como la entienden los poetas auténticos, que luchó mucho por no ser absorbida por el prosaísmo criollo.

Un día cualquiera Moreno contrajo la tuberculosis y murió el mismo mes y año en que moría coronado por «una estrella de sangre» en París el poeta Guillermo Apollinaire: Noviembre de 1918. Moreno

había alcanzado a editar, con Juan Egaña, algunos números de un buen semanario literario, *Numen*. Por lo demás, Moreno era un poeta privilegiado, con un claro sentido de la belleza simbolista. Su oscuridad mallarmeana, antaño quebradero de cabeza de los críticos, hoy a los nuevos no parece extraordinaria, aunque sea precursión de ellos mismos. Pues este poeta tuvo atisbos más avanzados y dejó más de un poema con perfil de poesía pura, que lo emparenta con lo más actual. Elegancia en el corte del verso francés, rima selecta, otras condiciones y el patente baudelerianismo de su inspiración, valorizan el conjunto de poemas que con el título de *De las Zonas Vírgenes* no alcanzó a publicar en libro. Los dejó manuscritos, en poder de un amigo. Y esos originales tuvieron suerte diversa: fueron de mano en mano, estuvieron en poder de muchas y muy distintas personas. Una de esas copias la perdió el poeta Juan Egaña—gran compañero de bohemia de Moreno—en un amanecer de farra, dejándola olvidada sobre el asiento de una de esas ya casi desaparecidas «victorias», esos crujientes y bamboleantes coches públicos.

Y en 1926, ya casi diez años después, yo decidí salvar esos poemas del olvido total. Los edité (1), agregando algunas composiciones que yacían olvidadas en revistas. En este libro también figura un bien cincelado Prólogo del mismo poeta, a las *Flores del Mal* de Charles Bau-

(1) *De las Zonas Vírgenes*, poemas de Alberto Moreno Méndez. Selección y prólogo de Neftalí Agrella, Nascimento, 1926.

delaire, para una edición magistral y única que siempre soñó hacer Moreno.

Volviendo a Valparaíso y a *Siembra*: esta revista alcanzó a realizar una labor no despreciable. La perjudicaba a veces una tendencia magazinesca y diarística impuesta por Boza. Y en torno a ella actuó el grupo, más otros que llegaron después. Todos lamentamos entonces la desaparición de dos intensos espíritus. el dibujante Romeo Ponce, que murió muy joven y lleno de promesas, y la poetisa María Antonieta Lequesne, en 1921. María Antonieta fué nuestra Delmira Agustini, por su estro encendido de fulgores sobrenaturales y la armonía de su verso, con forma propia. Pero ella, como su hermana uruguaya tuvo una vida fugaz y lamentable, verdaderamente trágica. Murió en el hospital, herida por todas las fatalidades. El mismo año que murió, habiendo iniciado en el puerto sus publicaciones una pequeña Editorial nuestra, *Ateneo*, editamos *Recodo Azul*, selección de un libro del mismo título de la poetisa. Su otro libro inédito, *Otoño*, corrió la misma suerte que las demás obras (prosas y una obra teatral) de Alberto Moreno: desde las manos descuidadas de los compañeros escritores pasó a las profanas, y de ahí a la nada, a la fosa común de los objetos perdidos.

Romeo Ponce no alcanzó en su breve existencia a realizar sino una obra que tiene mucho de tanteo. Filigranaba sus dibujos elegantemente, aunque ellos eran concepciones algo infantiles, al gusto de entonces, pero de capitoso lirismo

visual. Hoy son muy pocos los que se acuerdan de este artista.

Años más tarde el grupo de *Siembra* se disgregó. Sus mismos poetas, no todos, cambiaron la simple flauta de caña del soneto y el poema métrico por las sonoridades del jazz-band vanguardista. Tomados por el aluvión de novedad que creó la guerra, a muchos de estos escritores atacó la incertidumbre. A los más nuevos, los encauzó por vías novedosas. Y así, en el período 1921-1923 generamos movimientos precursores que tienen indudable importancia dentro de nuestra Historia literaria. Se plegaron a ellos entonces y después espíritus ágiles como Zoilo Escobar y otros, artistas pintores, músicos, etc. También hubo un regular lote de mentalidades obtusas y respetables que nos combatieron.

Sucedió un largo interregno de desaliento. Y luego surgió un nuevo movimiento, con las revistas *Gong* y *Suramérica*. ¿Pero quién puede negar, por la inevitable solución de continuidad, que todo lo más interesante que ha habido en Valparaíso en el último tiempo, literaria y artísticamente hablando y en sentido nuevo, se debe a nuestros esfuerzos? Todo ello no es sino el resultado de las verdaderas batallas campales que libramos entre 1921 y 1927, por imponer el Arte Nuevo, la poesía pura, la concepción actual de las artes.

El grupo de *Siembra*, por otra parte, fué la primera etapa. Lo que sobrevino fué en otro sentido más nuevo. Pero el nexa local lo encadena.

En cuanto a la serie de cuentos breves y prosas de Luis Roberto Boza, titulada *Los Aparecidos*, resalta principalmente cierto preciosismo en el estilo. Es la obra de un poeta en prosa, y algo de baudelairianismo destilan sus frases. «Orfebre que pule la frase como un virtuoso del Renacimiento en su celda de anacoreta», llama el autor el prologuista, Fernando Santiván. La escritura de este libro, en efecto, es irreprochable, como resultado de una paciente disciplina de autor maduro. Si no me equivoco, alguna de estas prosas ya la habíamos leído en las páginas de la revista *Siembra*, en otro tiempo. Ellas no son sino como prólogo a dos bocetos en que una interesante evocación del viejo Valparaíso: *Los alcatraces* y *La Grúa*. En los otros cuentos se advierte más decisión por presentar un tema definido, sin lo cual el cuento no es cuento. Y la pulcritud del estilo es sostenida hasta el fin. Todo el libro es un valioso exponente del cuento antes que nada literario, género que por desgracia no es para los grandes públicos.—*Nestali Agrella*.

PSICOLOGIA

LA CURACIÓN POR EL ESPÍRITU, por *Stefan Zweig*.

A la apetencia de misterio que hay en una civilización tan densamente desarrollada como es la nuestra desde el siglo XVIII, parece destinado este libro (1), uno de los más curiosos, quizás el más curioso, que ha-

yamos leído del gran escritor austriaco Stefan Zweig. En la biografía de tres personajes sitúa Zweig esta curiosidad por el alma, este afán de bucear en el oscuro dominio del espíritu que es como el otro lado, el extraño reverso de nuestra civilización técnica y mecanicista. Son esos personajes, Mesmer, el descubridor de las fuerzas hipnóticas que asume en la sociedad del siglo XVIII —unos años antes y unos años después de la Revolución Francesa— el aspecto de un mago; Mesmer se parece a Colón en la inconsciencia de su descubrimiento, ha dado a la Cultura occidental todo un nuevo Continente científico, y no sabe cómo definir, a qué género de fenómenos obedecen aquellos hechos extraños que él denomina absurdamente *magnetismo animal*. El método que descubrió Mesmer, las posibilidades de exploración psicológica, el problema de la *curación por el espíritu* son formas de nuestra civilización actual que no han sido todavía superadas y que reservan a la ciencia del porvenir quién sabe qué maravillosas sorpresas. Un segundo personaje de los tratados por Zweig es la yanqui Mary Baker-Edy, la papisa de los mentalistas y de los adeptos de la Christian Science norteamericana. Una vida y una obra como la de esta extraña mujer sólo podía desarrollarse en esa tierra de los contrastes que es los Estados Unidos. Mujer histérica, confusa, un tanto ignara, Mary Baker descubre a pesar de sí misma una verdad sencilla que hacia 1860 parece prodigiosa: que ha sanado de los nervios y de una terrible histe-

(1) Editorial Apolo.—España, 1932